

acelerados deseos, no medidos con razon, hacen parecer claros mis consejos. Quisieras tú ayer que te trajeran á la primera habla amanajada y envuelta en su cordon á Melibea, como si hubieras enviado por otra cualquier mercadería á la plaza, en que no hubiera mas trabajo de llegar y pagarla. Da, señor, alivio al corazon, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventuranza. Un golpe solo (1) no derriba un roble. Apercibete con sufrimiento, porque la prudencia es cosa loable, y el apercibimiento resiste al (2) fuerte combate.

CALISTO.

Bien has dicho, si la calidad de mi mal lo consintiese.

SEMPRONIO.

¿Para qué, señor, es el seso, si la voluntad priva á la razon?

CALISTO.

¡Oh loco, loco! Dice el sano al doliente: Dios te dé salud. No quiero consejo, ni esperarte mas razones, que mas avivas y enciendes las llamas que me consumen. Yo me voy solo á misa, y no tornaré á casa hasta que me llameis, pidiéndome albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina; ni comeré hasta entonces, aunque primero sean los caballos de Febo apascentados (3) en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin á su jornada.

SEMPRONIO.

Deja, señor, esos rodeos; deja esas poesias, que no es habla conveniente la que á todos no es comun, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di, aunque se

(1) Un solo golpe.

(2) El.

(3) Aposentados.

ACTO NOVENO.

ARGUMENTO.

Sempronio y Parmeno van á casa de Celestina, entre sí hablando. Llegados allá, hallan á Elicia y á Areusa. Pónense á comer, y entre comer riñe Elicia con Sempronio, levántase de la mesa, tórnanla á apaciguar. En este comedio viene Lucrecia, criada de Melibea, á llamar á Celestina, que vaya á estar con Melibea.

SEMPRONIO, PARMENO, CELESTINA, ELICIA, AREUSA, LUCRECIA.

SEMPRONIO.

Baja, Parmeno, nuestras capas y espadas, si te parece, que es hora que vamos á comer.

PARMENO.

Vamos presto; ya creo que se quejarán de nuestra tardanza. No por esta calle, sino por estotra; porque nos entremos por la iglesia, y veremos si hubiere acabado Celestina sus devociones, llevarla hemos de camino.

SEMPRONIO.

A donosa hora ha de estar rezando.

PARMENO.

No se puede decir sin tiempo hecho lo que en todo tiempo se puede hacer.

SEMPRONIO.

Verdad es; pero mal conoces á Celestina: cuando ella tiene que hacer, no se acuerda de Dios, ni cura de santidades. Cuando hay que roer en casa, sanos están los santos: cuando va á la iglesia con sus cuentas en la mano,

ponga el sol, y sabrán todos lo que dices; y come alguna conserva, con que tanto (1) tiempo te sostengas.

CALISTO.

Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor, sea como á ti te parece; que por cierto tengo, segun tu limpieza de servicio, quieres tanto mi vida como la tuya.

SEMPRONIO.

¿Créeslo tú, Parmeno? Bien sé que no lo jurarias. Acuérdate si fueres por conserva, apañes un bote para aquella genticilla (2), que nos va mas; y á buen entendedor, etc. En la bragueta cabrá.

CALISTO.

¿Qué dices, Sempronio?

SEMPRONIO.

Dije, señor, á Parmeno, que fuese por una tajada de diacitron.

PARMENO.

Héla aquí, señor.

CALISTO.

Daca.

SEMPRONIO.

Verás qué engullir hace el diablo: entero lo quiere tragar por mas apriesa hacer.

CALISTO.

El alma me ha tornado. Quedaos adios (3), hijos; esperad la vieja, é id por buenas albricias.

PARMENO.

Allá irás con el diablo tú y malos años, y en tal hora comiesses el diacitron, como Apuleyo el veneno que le convirtió en asno.

(1) Espacio de.

(2) Genticilla.

(3) Con Dios.

desta, que de grado ó por fuerza nos dará de lo que le diere.

PARMENO.

Bien has dicho; calla, que está abierta la puerta. En casa está: llama antes que entres, que por ventura estén revueltas, y no querrán ser así vistas.

SEMPRONIO.

Entra, no cures, que todos somos de casa; ya ponen la mesa.

CELESTINA.

¡Oh mis enamorados, mis perlas de oro! Tal me venga el año cual me parece vuestra venida.

PARMENO.

¿Qué palabras tiene la noble! Bien ves, hermano, estos halagos fingidos.

SEMPRONIO.

Déjala, que deso vive; que no sé quién diablos le mostró tanta ruindad.

PARMENO.

La necesidad y pobreza; la hambre, que no hay mejor maestra en el mundo: no hay mejor despertadora y avisadora de ingenios. ¿Quién mostró á las picazas y papagayos imitar nuestra propia habla con sus harpadas lenguas, y nuestro órgano y voz, sino esta?

CELESTINA.

Mochachas, mochachas bobas, andad acá bajo, presto; que estan aquí dos hombres que me quieren forzar.

ELICIA.

Mas nunca (1) vinieran; y mucho convidar con tiempo, que ha tres horas que está aquí mi prima. Este perezoso de Sempronio habrá sido causa de la tardanza, que no ha ojos por do verme (2).

SEMPRONIO.

Calla, mi señora, mi vida, mis amores; que quien á otro sirve no es libre: así que, sujecion me reliva de culpa. No háyamos enojo, asentémonos á comer.

ELICIA.

Así; para asentar á comer muy diligente: á mesa puesta con tus manos lavadas y poca vergüenza.

SEMPRONIO.

Después reñiremos, comamos agora. Aséntate, madre Celestina, tú primero.

CELESTINA.

Asentaos vosotros, mis hijos, que harto lugar hay para todos (3); tanto nos diesen del paraíso cuando allá vamos. Poneos en orden, cada uno cabe la suya; yo que estoy sola porné cabe mi este jarro y taza, que no es mas mi vida de cuanto con ello hablo. Después que me fui haciendo vieja, no sé mejor oficio á la mesa que escanciar; porque quien la miel trata, siempre se le apega della. Pues de noche en invierno, no hay tal escalentador de cama; que con dos jarrillos destes que beba cuando me quiero acostar, no siento frio en toda la noche; desto aforro todos mis vestidos cuando viene la navidad; esto me calienta la sangre; esto me sostiene continuo en un ser; esto me hace andar siempre alegre; esto me para fresca. Desto vea yo sobrado en mi casa, que nunca temeré el mal año; que un cortazon de pan ratonado me basta para tres dias. Esto quita la tristeza del corazon, mas que el oro y el coral; esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza, pone calor al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia; conforta los celebros, saca el frio del estómago, quita el hedor del aliento, hace potentes los frios (4), hace sufrir los afanes de las labranzas, á los cansados segadores hace sudar toda agua mala, sana el romadizo y las muelas, sostiénese sin heder en la mar, lo cual no hace el agua. Mas propiedades te diria dello, que

(1) Acá.

(2) Por verme.

(3) A Dios gracias.

(4) Impotentes los frios.

todos tenéis cabellos; así que, no sé quién no se goce en mentarlo. No tiene sino una tacha, que lo bueno vale caro, y lo malo hace daño; así que, con lo que sana el higado, enferma la bolsa. Pero todavía con mi fatiga busco lo mejor, para eso poco que bebo. Una sola docena de veces á cada comida; no me harán pasar de allí, salvo si soy convidada como agora.

PARMENO.

Madre, pues tres veces dicen que es lo bueno y honesto todos los que escribieron.

CELESTINA.

Hijo, estará corruta la letra; por trece tres.

SEMPRONIO.

Tia señora, á todos nos sabe bien comiendo y hablando, porque después no habrá tiempo para entender en los amores deste perdido de nuestro amo, y de aquella graciosa y gentil Melibea.

ELICIA.

Apártateme allá, desabrido, enojoso. Mal provecho te haga lo que comes, que tal comida me has dado. Por mi alma revesar quiero cuanto tengo en el cuerpo de asco (1) de oírte llamar aquella gentil. Mirad; quién gentil! Jesús, Jesús! ¿qué hastio y enojo es ver tu poca vergüenza! ¿A quién gentil! Mal me haga Dios si ella lo es, ni tiene parte dello, sino que hay ojos que de lagañas se pagan (2). Santiguarme quiero de tu necedad y poco conocimiento. ¿Oh quién estuviese de gana para disputar contigo su hermosura y gentileza! ¿Gentil es Melibea? Entonces lo es, entonces acertarán, cuando andan (3) á pares los diez mandamientos; aquella hermosura por una moneda se compra de la tienda. Por cierto, que conozco yo en la calle donde ella vive cuatro doncellas, en quien Dios mas repartió su gracia, que no en Melibea, que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae. Ponedlos á un palo, también direis que es gentil. Por mi vida, que no lo digo por alabarme; mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREUSA.

Pues no la has visto como yo, hermana mia. Dios me lo demande, si en ayunas la topases, si aquel dia pudieses comer de asco. Todo el año se está encerrada con mudas de mil suciedades, por una vez que haya de salir donde pueda ser vista; enviste su cara con hiel y miel, con unas tostadas y higos pasados, y con otras cosas que por reverencia de la mesa dejo de decir. Las riquezas las hacen á estas hermosas y ser alabadas, que no las gracias de su cuerpo; que así goce de mí, unas tetas tiene para ser doncella, como si tres veces hubiese parido. No parecen sino dos grandes calabazas. El vientre no se le he visto; pero juzgando por lo otro, creo que lo tiene tan flojo como una vieja de cincuenta años. No sé qué se ha visto Calisto, porque deja de amar á otras que mas lijaramente podría haber, y con quien él mas se holgase; sino que el gusto dañado muchas veces juzga por dulce lo amargo.

SEMPRONIO.

Hermana, parésceme aquí que cada buhonero alaba sus agujas; que lo contrario (4) deso se suena por la ciudad.

AREUSA.

Ninguna cosa es mas lejos de la verdad que la vulgar opinion; y nunca alegre vivirás si por voluntad de muchos te riges, porque estas son conclusiones verdaderas, que cualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad; lo que habla falsedad; lo que reprueba es bondad; lo que aprueba maldad. Y pues este es su mas cierto uso y costumbre, no juzgues la bondad y hermosura de Melibea por esto (5) ser la que afirmas.

(1) Há asco.

(2) Agradan.

(3) Andan.

(4) El contrario.

(5) Eso.

SEMPRONIO.

Señora, el vulgo parlero no perdona las tachas de sus señores; y así yo creo que si alguna tuviese Melibea, ya sería descubierta de los que con ella mas que nosotros tratan. Y aunque lo que dices concediese, Calisto es caballero, Melibea hijadalgo; así que, los nascidos por linaje escogido (1) búscanse unos á otros. Por ende no es de maravillar que ame antes á esta que á otra.

AREUSA.

Ruin sea quien por ruin se tiene; las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí, y no vaya á buscar en la nobleza de sus pasados la virtud.

CELESTINA.

Hijos, por mi vida, que cesen (2) esas razones de enojo; y tú, Elicia, que te tornes á la mesa y dejes esos enojos.

ELICIA.

Con tal que mala pro me hiciese; con tal que reventase en comiéndolo. ¿Había yo de comer con ese malvado, que en mi cara me ha porfiado que es mas gentil su andrango de Melibea que yo?

SEMPRONIO.

Calla, mi vida, que tú la comparaste: toda comparacion es odiosa; tú te tienes (3) la culpa, y no yo.

AREUSA.

Ven, hermana, á comer, no hagas agora ese placer á estos locos porfiados; si no, levantarme he yo de la mesa.

ELICIA.

Necesidad de complacerte me hace contentar á ese enemigo mio, y usar de virtud (4) con todos.

SEMPRONIO.

He, he, he.

ELICIA.

¿De qué te ries? De mal cáncer sea comida esa boca desgraciada y enojosa.

CELESTINA.

No le respondas, hijo, si no, nunca acabaremos. Entendamos en lo que hace á nuestro caso. Decídmelo, ¿cómo quedó Calisto? cómo le dejastes? cómo os podistes entrambos descabullir dél?

PARMENO.

Allá fué á la (5) maldicion echando fuego, desesperado, perdido, medio loco, á misa á la Magdalena, á rogar á Dios que te dé gracia que puedas bien roer los huesos destes pollos, y protestando de no volver á casa hasta oír que eres venida (6) con Melibea en tu arremango. Tu saya y manto, y aun mi sayo, cierto está: lo otro vaya y venga. Cuando lo dará no lo sé.

CELESTINA.

Sea cuando fuere: buenas son mangas pasada la pascua. Todo aquello alegre que con poco trabajo se gana; mayormente viniendo de parte de donde tan poca mella hace: de hombre tan rico, que con los salvados de su casa podría yo salir de laceria, segun lo mucho le sobra. No les duele á los tales lo que gastan, segun la causa por que lo dan; no lo sienten con el embebecimiento del amor; no les pena, no ven, no oyen; lo cual yo juzgo por otros que he conocido menos apasionados y metidos en este fuego de amor, que á Calisto veo. Que ni comen, ni beben, ni rien, ni lloran, ni duermen, ni velan, ni hablan, ni callan, ni penan, ni descansan, ni están contentos, ni se quejan, segun las perplejidades (7) de aquella dulce y fiera laga de sus corazones; y si alguna cosa destas la natural necesidad les fuerza á hacer, están en el acto tan olvidados, que comiendo se olvida la mano de llevar la vianda á

(1) Escogidos.
(2) Ya.
(3) Tú tienes.
(4) Virtudes.
(5) Con la.
(6) De con Melibea.
(7) La perplejidad.

la boca. Pues si con ellos hablan, jamás conveniente respuesta vuelven. Allí tienen los cuerpos, y con sus amigas los corazones y sentidos. Mucha fuerza tiene el amor: no solo la tierra, mas aun las mares traspasa; segun su poder. Igual mando tiene en todo género de hombres: todas las dificultades quiebra. Ansiosa (1) cosa es, temerosa y sollicita; todas las cosas mira en derredor; así que, si vosotros buenos enamorados habeis sido, juzgareis yo decir verdad.

SEMPRONIO.

Señora, en todo concedo con tu razon, que aquí está quien me causó andar hecho otro Calisto, perdido el sentido, cansado el cuerpo, la cabeza vana, los dias mal durmiendo, las noches todas velando, dando alboradas, haciendo momos, saltando paredes, poniendo cada dia la vida al tablero, esperando toros, corriendo caballos, tirando (2) barra, echando (3) lanza, cansando amigos, quebrando espadas, haciendo escalas, vistiendo armas, y otros mil autos (4) de enamorado; haciendo coplas, pintando motes, sacando invenciones; pero todo lo doy por bien empleado, pues tal joya gané.

ELICIA.

Mucho piensas que me tienes ganada; pues hágote cierto, que no has vuelto la cabeza, cuando está en casa otro que mas quiero, mas gracioso que tú, y aun que no anda (5) buscando cómo me dar enojo: á cabo de un año que me vienes á ver, tarde y con mal.

CELESTINA.

Hijo, déjala decir, que devanea; mientras mas deso la oyeres (6), mas se confirma en tu amor. Todo es porque habeis aquí alabado á Melibea; no sabe otra cosa en que os lo pagar, sino en decir eso; y creo que no ve la hora de haber comido para lo que yo me sé. Pues esotra su prima yo la conozco. Gozad vuestras frescas mocedades, que quien tiempo tiene, y mejor lo espera, tiempo viene que se arrepiente; como yo hago agora por algunas horas que dejé perder, cuando moza, cuando me preciaban (7), cuando me querian; que ya, mal pecado, caducado he, nadie me quiere, ¡que sabe Dios mi buen deseo! Besaos y abrazaos, que á mí no me queda otra cosa sino gozarme de vello. Mientra á la mesa estais, de la cinta arriba todo se perdona; cuando seáis aparte, no quiero poner tasa; pues que el rey no la pone. Yo sé por las mochachas que nunca de importunos os acusen; y la vieja Celestina mascarará de dentera con sus botas encias las migajas de los manteles. Bendigaos Dios, ¡cómo lo reis y holgais, putillos, loquillos, traviesos! En esto habia de parar el ñublado de las cuestioncillas que habeis tenido: mirá no derribeis la mesa.

ELICIA.

Madre, á la puerta llaman. El solaz es derramado.

CELESTINA.

Mira, hija, quién es; por ventura será quien lo acrecienta y allegue.

ELICIA.

O la voz me engaña, ó es mi prima Lucrecia.

CELESTINA.

Abrela, y entre ella, y buenos años; pues aun á ella (8) algo se le entiende desto que aquí hablamos; aunque su mucho encerramiento le impide el gozo de su mocedad.

AREUSA.

Así goce de mí, que es verdad que estas que sirven

(1) Ansiosa.
(2) La.
(3) La.
(4) Actos.
(5) Ande.
(6) Oyeres.
(7) Preciaba.
(8) Que aun á ella.

á señoras no gozan de deleite (1), ni conocen los dulces premios de amor. Nunca tratan con parientas ni con iguales á quien puedan hablar tú por tú, con quien digan, ¿qué cenaste? estás preñada? cuántas gallinas crias? llévame á merendar á tu casa; muéstrame á tu enamorado; ¿cuánto há que no te vido? cómo te va con él? quién son tus vecinas? y otras cosas de igualdad semejantes. ¡Oh tia! ¡Y qué duro nombre, y qué grave y soberbio es señora continuo en la boca! Por esto me vivo sobre mí, desde que me sé conocer; que jamás me precié de llamarme de otra, sino mia. Mayormente destas señoras que (2) agora se usan: gástase con ellas lo mejor del tiempo, y con una saya rota de las que ellas desechan pagan el servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen, contino sojuzgadas, que hablar delante dellas no osan; y cuando ven cerca el tiempo de la obligacion de casallas, levántanles un caramillo, que se echan con el mozo ó con el hijo, ó pidenles celos del marido, ó que meten hombres en casa, ó que hurtó la taza, ó perdió el anillo; danle un ciento de azotes, y échanle la puerta afuera, las baldas en la cabeza, diciendo: allá irás, ladrona, puta, no destruirás mi casa y honra. Así que, esperan galardon, sacan baldon; esperan salir casadas, salen amenguadas; esperan vestidos y joyas de bodas, salen desnudas y denostadas. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos, obliganse á darles marido, quitantes el vestido; la mejor honra que en sus casas tienen, es andar hechas callejeras de dueña en dueña con sus mensajes acuestas. Nunca oyen sus nombres propios de la boca dellas, sino puta acá, puta acullá. ¿A dó vas, tñosa? qué heciste, bellaca? por qué comiste esto, golosa? cómo fregaste la sartén, puercaca? por qué no limpiaste el manto, sucia? cómo dijiste esto, necia? quién rompió el plato, desenhñada (3)? quién perdió (4) el paño de manos, ladrona? A tu rufián lo habrás dado, malvada. Ven acá, mala mujer, la gallina habada no parece; pues búscala presto, si no, en la primera blanca de tu soldada la contaré. Y tras esto mil chapinazos, pellizcos, palos y azotes. No hay quien las sepa contentar; no hay quien (5) pueda sufrillas. Su placer es dar voces, su gloria (6) reñir; de lo mejor hecho, menos contentamiento muestran. Por esto, madre, me he querido mas (7) vivir en mi pequeña casa, exenta y señora, que no en sus ricos palacios sojuzgada y captiva.

CELESTINA.

En tu seso has estado, bien sabes lo que haces. Que los sabios dicen, que vale mas una migaja de pan con paz, que toda la casa llena de viandas con rencilla. Mas agora cese esta razon, que entra Lucrecia.

LUCRECIA.

Buena pro os haga, tia, y á la compañía. Dios bendiga tanta gente y tan honrada.

CELESTINA.

¿Tanta, hija? ¿Por mucha has esta? Bien parece que no me conociste en mi prosperidad, hoy ha veinte años. ¡Ay, quien me vido, y quien me ve agora, no sé cómo no quiebra su corazon de dolor? Yo vi, mi amor, á esta mesa donde agora están tus primas asentadas, nueve mozas de tus dias, que la mayor no pasaba de diez y ocho años, y ninguna habia menor de catorce. Mundo es, pase; ande su rueda, rodee sus arcaduces, unos llenos y otros vacíos. Ley es de fortuna, que ninguna cosa en un ser mucho tiempo permanesce, su orden es mudanzas. No puedo decir sin lágrimas la mucha honra que entonces

(1) Ni gozan deleite.
(2) De.
(3) Desenhñada.
(4) Como faltar.
(5) Ni quien.
(6) Es.
(7) He querido mas.

tenia; pues por mis pecados y mala dicha poco á poco ha venido en disminucion; y como declinaban mis dias, así se disminuía y amenguaba mi provecho. Proverbio es antiguo, que cuanto en el mundo es (1) cresce ó descrece; todó tiene sus limites, todo tiene sus grados. Mi honra llegó á la cumbre, segun quien yo era; de necesidad es que (2) se demengüe y se abaje; cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda poca vida; però bien sé que subí para descender, florescí para secarme, gocé para entristecerme, nascí para vivir, vivi para crecer, crecí para envejecer, envejecí para morirme. Y pues esto antes de agora me consta, sufriré con menos pena mi mal, aunque del todo no pueda despedir el sentimiento, como sea de carne sensible (3) formada.

LUCRECIA.

Trabajo ternias (4), madre, con tantas mozas, que es un ganado muy penoso de guardar.

CELESTINA.

¿Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio. Todas me obedescian, todas me honraban, de todas era acatada, ninguna salia de mi querer, lo que yo decia era lo bueno, á cada cual daba cobro. No escogian mas de lo que yo les mandaba (5); cojo, ó tuerto, ó manco, aquel habian (6) por sano, quien mas dinero me daba. Mio era el provecho, suyo el afán. Pues servidóres, ¿no tenia por su causa dellas? Caballeros, viejos, mozos, abades, de todas dignidades, desde obispos hasta sacristanes. En entrando por la iglesia veia derrocar bonetes en mi honor, como si yo fuera una duquesa; el que menos habia de negociar conmigo, por mas ruin se tenia. De media legua que me viesen, dejaban las horas; uno á uno, dos á dos, venian adonde yo estaba, á ver si mandaba algo, y á preguntarme (7) cada uno por la suya. En viéndome entrar, se turbaban todos, que no hacian ni decian cosa ninguna á derechas (8). Unos me llamaban señora, otros tia, otros enamorada, otros vieja honrada. Allí se concertaban sus venidas á mi casa, allí las idas á la suya, allí se me ofrescian dineros, allí otras dádivas, besando el cabo de mi manto, y aun algunos en la cara por me tener mas contenta. Agora hame traído la fortuna á tal estado, que me digas, buena pro te hagan las zapatas.

SEMPRONIO.

Espantados nos tienes con tales cosas como nos cuentas desa religiosa gente y benditas coronas. Sé que (9) no serian todos.

CELESTINA.

No, hijo; ni Dios lo mande que yo tal cosa levante; que muchos viejos devotos habia con quien yo poco medraba, y aun que no me podian ver; però creo que de envidia de los otros que me hablaban. Como la clerecía era grande, habia de todo (10): unos muy castos, otros que tenian cargo de mantener á las de mi oficio, y aun todavía creo que no faltan. Y enviaban sus escuderos y mozos á que me acompañasen; y apenas era llegada á mi casa, cuando entraban por mi puerta muchos pollos y gallinas, ansarones (11), perdices, tórtolas, pernils de tocino, tortas de trigo, lechones; cada cual como lo rescabia de aquellos diezmos de Dios, así lo venian luego á registrar, para que comiese yo y aquellas sus devotas. Pues ¿vino? ¿No me sobraba de lo mejor que se bebía en la ciudad?

(1) Al mundo es.
(2) Demengüe.
(3) Sentible.
(4) Ternias.
(5) Daba.
(6) Habia.
(7) A apretarme.
(8) Cosa á derechas.
(9) Si que.
(10) Todos.
(11) Anadones.

Venido de diversas partes: de Monviedo (1), de Luque, de Toro, de Madrigal, de San Martín y de otros muchos lugares, y tantos que, aunque tengo la diferencia de los gustos y sabor en la boca, no tengo la diversidad de sus tierras en la memoria; que háto es que una vieja como yo, en oliendo cualquier vino, diga de dónde es. Pues otros curas sin renta: no era ofrescido el bodigo, cuando en besando el feligrés la estola, era del primer voleo en mi casa. Espesos como piedras á tablado entraban mochachos cargados de provisiones por mi puerta. No sé cómo puedo vivir, cayendo de tal estado.

AREUSA.

Por Dios, pues somos venidas á haber placer, no llores, madre, ni te fatigues, que Dios lo remediará todo.

CELESTINA.

Harto tengo, hija, que llorar acordándome de tan alegre tiempo y tal vida como yo tenía, y cuán servida era de todo el mundo, que jamás hubo fruta nueva, de que yo primero no gozase que otros supiesen si era nascida. En mi casa se había de hallar si para alguna preñada se buscase.

SEMPRONIO.

Madre, ningún provecho trae á la memoria del buen tiempo, si cobrar no se puede, antes tristeza; como á tí agora, que nos has sacado el placer de entre las manos. Alcese la mesa, irnos hemos á holgar, y tú darás respuesta á esta doncella que aquí es venida.

(1) De Martos.

ACTO DECIMO.

ARGUMENTO.

Mientras andan Celestina y Lucrecia por el camino, está hablando Melibea consigo misma. Llegadas á la puerta, entra Lucrecia primero, hace entrar á Celestina. Melibea, después de muchas razones, descubre á Celestina arder en amores de Calisto. Ven venir á Alisa, madre de Melibea; despidense de en uno. Pregunta Alisa á Melibea, su hija, de los negocios de Celestina, defendiéndole su mucha conversacion.

MELIBEA, ALISA, CELESTINA, LUCRECIA.

MELIBEA.

¡Oh lastimada de mí, oh mal proveida doncella! ¿Y no me fuera mejor conceder su peticion y demanda ayer á Celestina, cuando de parte de aquel señor (cuya vista me captivó) me fué robado, y contentarle á él, y sanar á mí, que no venir por fuerza á descubrirle (1) mi llaga, cuando no me sea (2) agradecido? cuando ya desconfiando de mi buena respuesta haya puesto sus ojos en amor de otra? ¿Cuánta mas ventaja tuviera mi prometimiento rogado, que mi ofrescimiento forzoso! ¡Oh mi fiel criada Lucrecia! ¿Qué dirás de mí? ¿Qué pensarás de mí seso, cuando me veas publicar lo que á tí jamás he querido descubrir? ¿Cómo te espantarás del rompimiento de mi honestidad y vergüenza, que siempre como encerrada doncella acostumbé tener? No sé si habrás bariuntado de dónde proceda (3) mi dolor. ¡Oh! si ya vinieses con aquella medianera de mi salud! ¡Oh! soherano Dios! ¡A tí, que todos los atribulados llaman! los apasionados piden remedio, los llagados medicina!

(1) Descubrir.
(2) Se me sea.
(3) Proceda.

CELESTINA.

Hija Lucrecia, dejadas estas razones, querría que me dijese á qué fué agora tu buena venida.

LUCRECIA.

Por cierto ya se me había olvidado mi principal demanda y mensaje con la memoria dese tan alegre tiempo como has contado. Así me estuviera un año escuchándote sin comer, pensando en aquella vida bona (1) que aquellas mozas gozarian, que me parece y semeja que estoy yo ahora en ella. Mi venida, señora, es lo que tú sabrás, pedirte el cenidero. Demás desto, te ruega mi señora sea de tí visitada, y muy presto, porque se siente muy fatigada de desmayos y dolor de corazón.

CELESTINA.

Hija, destos dolorcillos tales, más es el ruido que las nueces. Maravillada soy, sentirse del corazón mujer tan moza.

LUCRECIA.

(Así te arrastren, traidora, como tú no sabes qué es. Hace la vieja falsa sus hechizos, y vase: después hácese de nuevas.)

CELESTINA.

¿Qué dices, hija?

LUCRECIA.

Madre, que vamos presto, y me des el cordon.

CELESTINA.

Vamos, que yo lo llevo.

(1) Buena.

á tí, que los cielos, mar, tierra con los infernales centros obedescen! á tí, el cual todas las cosas á los hombres sojuzgaste! humildemente suplico des á mi herido corazón sufrimiento y paciencia, con que mi terrible pasión pueda disimular. No se desdore aquella hoja de castidad que tengo asentada sobre este amoroso deseo, publicando ser otro mi dolor, que no el que me atormenta. Pero ¿cómo lo podré hacer, lastimándome tan cruelmente el ponzoñoso bocado, que la vista de su presencia de aquel caballero me dió? ¡Oh género femineo (1), encogido y frágil! ¿Por qué no fué también á las hembras concedido poder descubrir su congojoso y ardiente amor, como á los varones? Que ni (2) Calisto viviera quejoso, ni yo penada.

LUCRECIA.

Tía, detente un poquito cabe la puerta (3); entraré á ver con quién está hablando mi señora. Entra, entra, que consigo lo ha.

MELIBEA.

Lucrecia, echa esa antepuerta. O vieja sabia y honrada, tú seas bien venida. ¿Qué te parece, cómo ha que-

(1) Feminino.
(2) Ni mi.
(3) Esta puerta.

rído mi dicha, y la fortuna lo ha rodeado (1), que yo tuviese de tu saber necesidad, para que tan presto me hubieses de pagar en la mesma moneda el beneficio que por tí me fué demandado para ese gentil hombre que curabas con la virtud de mi cordon!

CELESTINA.

¿Qué es, señora, tu mal, que así muestras las señas de tu tormento en las coloradas colores de tu gesto?

MELIBEA.

Madre mia, que comen (2) este corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA.

(Bien está; así lo quería yo. Tú me pagarás, doña loca, la sobra de tu ira.)

MELIBEA.

¿Qué dices? ¿Has sentido en verme alguna causa de donde mi mal proceda?

CELESTINA.

No me has, señora, declarado la calidad del mal, ¿y quieres que adevine la causa? Lo que yo digo es, que rescibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

MELIBEA.

Vieja honrada, alégramela tú, que grandes nuevas me han dado de tu saber.

CELESTINA.

Señora, el sabidor (3) solo es Dios; pero como para salud y remedio de las enfermedades fueron repartidas las gracias en las gentes de hallar las melecinas, dellas por experiencia, dellas por arte, dellas por natural instinto, alguna partecica alcanzó esta pobre vieja, de la cual al presente podrás ser servida.

MELIBEA.

¡Oh qué gracioso y agradable me es oírte! Saludable es al enfermo la alegre cara del que le visita. Parésceme que veo mi corazón entre tus manos hecho pedazos, el cual, si tú quisieses, con muy poco trabajo juntarías con la virtud de tu lengua, no de otra manera que cuando vió en sueño aquel grande Alexandre, rey de Macedonia, en la boca del dragon la saludable raíz con que sanó á su criado Ptolomeo del bocado de la vibora. Pues por amor de Dios, te despojes para mas diligente entender en mi mal, y me da (4) algun remedio.

CELESTINA.

Gran parte de la salud es desealarla; por lo cual creomenos peligroso ser tu dolor. Pero para yo dar, mediante Dios, cógrua y saludable melecina, es necesario saber de tí tres cosas. La primera, á qué parte de tu cuerpo mas declina y aqueja el sentimiento. Otra, si es nuevamente por tí sentido, porqué mas presto se curan las tiernas enfermedades en su principio, que cuando han hecho curso en la perseveracion de su oficio; mejor se doman los animales en su primera edad, que cuando ya es su cuero endurecido para venir mansos á la melena; mejor crecen las plantas que tiernas y nuevas se trasponen, que las que fructificando ya se mudan; muy mejor se despide el nuevo pecado, que aquel que por costumbre antigua cometemos cada día. La tercera, si procedió de algun cruel pensamiento que asentó en aquel lugar. Y esto sabido, verás obrar mi cura. Por ende cumple que al médico como al confesor se hable toda verdad abiertamente.

MELIBEA.

Amiga Celestina, mujer bien sabia y maestra grande, mucho has abierto el camino por donde mi mal te pueda especificar. Por cierto tú lo pides, como mujer bien esperta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazón, la izquierda teta es su aposentamiento, tiende sus rayos á todas partes. Lo segundo es nuevamente nascido en mi

(1) Ha rodeado.
(2) Que me comen.
(3) Solo Dios es.
(4) Des.

cuerpo; que no pensé jamás que podría dolor privar (1) el seso, como este hace: turbame la cara, quitame el comer, no puedo dormir, ningún género de risa querría ver. La causa ó pensamiento, pues es la final (2) cosa por tí preguntada de mi mal, esta no sabré decirte; porque ni muerte de deudo, ni pérdida de temporales bienes, ni sobresalto de vision, ni sueño desvariado, ni otra cosa puedo sentir que fuese, salvo alteracion que tú me causaste con la demanda que sospeché de parte de aquel caballero (3), cuando me pediste la oracion.

CELESTINA.

Cómo, señora, ¿tan mal hombre es aquel? ¿Tan mal nombre es el suyo, que en solo ser nombrado trae consigo ponzoña su sonido? No creas que sea esa la causa de tu sentimiento, antes otra que yo barrunto; y pues (4) así es, si tú licencia me das, yo, señora, te la diré.

MELIBEA.

Cómo, Celestina, ¿qué es ese nuevo salario que pides? ¿De licencia tienes tú necesidad para me dar la salud? ¿Cuál médico jamás pidió tal seguro para curar al paciente? Dí, di, que siempre la tienes de mí: tal que mi honra no dañes con tus palabras.

CELESTINA.

Véote, señora, por una parte quejar del dolor (5); por otra temer la melecina. Tu temor me pone miedo, el miedo silencio, el silencio tregua entre tu llaga y mi medicina. Así que, será (6) causa que ni tu dolor cese, ni mi venida aproveche.

MELIBEA.

Cuanto mas dilatas la cura, tanto mas me acrescientas y multiplicas la pena y pasión. O tus melecinas son de polvos de infamia y licor de corrupcion, confacionadas con otro más crudo dolor que el que de parte del paciente se siente, ó no es ninguno tu saber. Porque si lo uno ó lo otro no te impidiese, cualquiera otro remedio dirias sin temor, pues te pido lo muestres, quedando libre mi honra.

CELESTINA.

Señora, no tengas por nuevo ser mas fuerte de sufrir al herido la ardiente termentina (7), y los ásperos puntos que lastiman lo llagado y doblan la pasión, que no la primera lision (8), que dió sobre sano. Pues si tú quieres ser sana, y que te descubra la punta de mi sutil aguja sin temor, haz para tus manos y piés una ligadura de sosiego, para tus ojos una cobertura de piedad, para tu lengua un freno de silencio, para tus oídos unos algodones de sufrimiento y paciencia, y verás obrar la (9) antigua maestra destas llagas.

MELIBEA.

¡Oh, cómo me muero con tu dilatar! Dí por Dios lo que quieres (10); haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero que iguale con mi pena y tormento. Agora toque en mi honra, agora dañe mi fama, agora lastime mi cuerpo; aunque sea romper mis carnes para sacar mi dolorido corazón, te doy (11) mi fe ser segura, y si siento alivio bien galardónada.

LUCRECIA.

(El seso tiene perdido mi señora; gran mal ha (12); captivádola ha esta hechicera.)

CELESTINA.

(Nunca me ha de faltar un diablo acá y allá; escapóme Dios de Parmeno, tópomelo con Lucrecia.)

(1) Privarme.
(2) Que es la final.
(3) Caballero Calisto.
(4) Pues que.
(5) El dolor.
(6) Seria.
(7) Tremetina.
(8) Sision, Plantino.
(9) A la.
(10) Quisieres.
(11) Do.
(12) Hay.

MELIBEIA.
¿Qué dices, madre? ¿Qué te habla esta (1) moza?

CELESTINA.
No le oí nada; pero diga lo que dijere, sabe que no hay cosa mas contraria en las grandes curas delante los animosos cirujanos (2), que los flacos corazones, los cuales con su gran lástima, con sus dolorosas hablas, con sus sensibles meneos (3) ponen temor al enfermo, hacen que desconfían (4) de la salud, y al médico enojan y turban, y la turbación altera la mano, y rigé sin orden la aguja. Por donde se puede conocer claro, que es muy necesario para tu salud que no esté persona delante; así que, la debes mandar salir; y tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIBEIA.
Salte fuera presto.

LUCRECIA.
Ya, ya, todo es perdido; ya me salgo, señora.

CELESTINA.
También me da osadía tu gran pena, ver cómo con (5) tu sospecha has ya tragado alguna parte de mi cura; pero todavía es necesario traer mas clara melecina y mas saludable descanso de casa de aquel caballero Calisto.

MELIBEIA.
Calla, por Dios, madre; no traigas de su casa cosa para mi provecho, ni le nombres aquí.

CELESTINA.
Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal; no se quiebre, si no, todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura, y lo duro con duro se ablanda mas eficazmente. Y dicen los sabios, que la cura del lastimero médico deja mayor señal, y que nunca peligro sin peligro se vence. Ten paciencia, que pocas veces lo molesto sin molestia se cura, y un clavo con otro se espele, y un dolor con otro. No concibas odio ni desamor, ni consentas á tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si conocido fuese...

MELIBEIA.
¿Oh, por Dios, que me matas! ¿Y no tengo dicho (6) que no me alabes á este hombre, ni me le nombres en bueno ni en malo?

CELESTINA.
Señora, este es otro y segundo punto, el cual si tú con tu mal sufrimiento no consentes, poco aprovechará mi venida; y si como prometiste lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda, y Calisto sin queja y pagado. Primero te avisé de mi cura y desta invisible aguja, que sin llegar á tí sientes en solo mentarlo (7) en mi boca.

MELIBEIA.
Tantas veces me nombras (8) ese caballero, que ni mi promesa basta (9), ni la fe que te di á sufrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le debo yo á él? ¿Qué le soy en cargo? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Qué necesario es él aquí para el propósito de mi mal? Mas agradable me sería que rasgases mis carnes y sacases mi corazón, que no traer esas palabras aquí.

CELESTINA.
Sin te romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor, no rasgaré yo tus carnes para lo curar.

MELIBEIA.
¿Cómo dices que llaman á este mi dolor, que así se ha enseñoreado de lo mejor (10) de mi cuerpo?

- (1) Esa.
- (2) Zurrujanos.
- (3) Sentibles amencos.
- (4) Desconfie.
- (5) Como ver que con.
- (6) He, ¿no te tengo dicho.
- (7) Mentarlo.
- (8) Nombrarás.
- (9) Baste.
- (10) En lo mejor.

CELESTINA.
Amor dulce.

MELIBEIA.
Eso me declara lo que es, que en solo oírlo me alegra (1).

CELESTINA.
Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

MELIBEIA.
¿Ay mezquina de mí! Que si verdad es tu relación, dudosa será mi salud; porque, según la contrariedad que esos nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso, acarreará al otro mas pasión.

CELESTINA.
No desconfie, señora, tu noble juventud de salud. Cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envía el remedio; mayormente que sé yo en el mundo nascida una flor, que de todo esto te dé libre (2).

MELIBEIA.
¿Cómo se llama?

CELESTINA.
No te lo oso decir.

MELIBEIA.
Di, no temas.

CELESTINA.
Calisto. ¿Oh, por Dios, señora Melibea! ¿Qué poco esfuerzo es este? ¿Qué descaescimiento? ¿Oh mezquina yo! Alza la cabeza. ¿Oh malaventurada vieja! En esto han de parar mis pasos! Si muere, matarme han; aunque viva, será sentida; que ya no podrá sufrir de no publicar su mal y mi cura. Señora mía Melibea, ángel mio, ¿qué has sentido? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? Abre tus claros ojos. Lucrecia, Lucrecia, entra presto (3); verás amortecida á tu señora entre mis manos; baja presto por un jarro de agua.

MELIBEIA.
Paso, paso, que yo me esforzaré; no escandalices la casa.

CELESTINA.
¿Oh cuitada de mí! No te descaezcas, señora, háblame como sueles.

MELIBEIA.
Y muy mejor, calla, no me fatigues.

CELESTINA.
¿Pues qué me mandas que haga, perla preciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELIBEIA.
Quebróse mi honestidad, quebróse mi empacho, aflojó mi mucha vergüenza; y como muy naturales, como muy domésticos, no pudieron tan livianamente despedirse de mi cara, que no llevasen consigo su color por algun poco de espacio, mi fuerza y mi lengua, y gran parte de mi sentido. ¿Oh pues ya, mi buena maestra, mi fiel secretaria! lo que tú tan abiertamente conoces, en vano trabajo por te lo encubrir. Muchos y muchos dias son pasados que ese noble caballero me habló en amor; tanto me fué su habla enojosa, cuanto después que tú me lo tornaste á nombrar, alegre. Cerrado han tus puntos mi llaga, venida soy en tu querer. En mi cordon le llevaste envuelta la posesión de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento; su pena era la mayor mía. Alabo y loo tu buen sufrimiento, tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos y fieles pasos, tu agradable habla, tu buen saber, tu demasiada solícitud, tu provechosa importunidad. Mucho te debe ese señor, y mas yo, que jamás pudieron mis reproches apla-

- (1) Alegre.
- (2) Delibre.
- (3) Aca.

car (4) tu esfuerzo y perseverancia, confiando en tu mucha astucia. Antes, como fiel servidora, cuando mas denostada, mas diligente; cuando mas desfavor, mas esfuerzo; cuando peor respuesta, mejor cara; cuando yo mas airada, tú mas humilde. Pospuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás á tí ni á otro pensé descubrir.

CELESTINA.
Amiga y señora mía, no te maravilles, porque estos fines con efecto me dan osadía á sufrir los ásperos y escrupulosos desvíos de las encerradas doncellas como tú. Verdad es que antes que me determinase, así por el camino como en tu casa, estuve en grandes dudas si te descubriría mi petición. Visto el gran poder de tu padre, temía; mirando la gentileza de Calisto, osaba; vista tu discreción, me recelaba; mirando tu virtud y humanidad, me esforzaba. En lo uno hallaba el miedo, en lo otro la seguridad. Y pues así, señora, has querido descubrir la gran merced que nos has hecho, declara tu voluntad, echa tus secretos en mi regazo, pon en mis manos el concierto deste concierto (2); yo daré forma cómo tu deseo y el de Calisto sean en breve cumplidos.

MELIBEIA.
¿Oh mi Calisto y mi señor! ¿Mi dulce y suave alegría! Si tu corazón siente lo que ahora el mio, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente á (3) vivir. ¿Oh mi madre y mi señora! haz de manera como luego le pueda ver, si mi vida quieres.

CELESTINA.
Ver y hablar.

MELIBEIA.
Hablar es imposible.

CELESTINA.
Ninguna cosa á los hombres que quieren hacerla es imposible.

MELIBEIA.
Dime cómo.

CELESTINA.
Yo lo tengo pensado, yo te lo diré (4): por entre las puertas de tu casa.

MELIBEIA.
¿Cuándo?

CELESTINA.
Esta noche.

MELIBEIA.
Gloriosa me serás si lo ordenas. Di á qué hora.

CELESTINA.
A las doce.

MELIBEIA.
Pues ve, mi señora, mi leal amiga, y habla con aquel señor, y que venga muy paso, y de allí se dará concierto, según su voluntad, á la hora que has ordenado.

CELESTINA.
Adios, que viene acia acá tu madre.

MELIBEIA.
Amiga Lucrecia, mi leal criada y fiel secretaria, ya has

- (1) Afacar.
- (2) De este negocio, Venecia.
- (3) Vivir.
- (4) Y te lo diré.

visto cómo no ha sido mas en mi mano. Captivéme el amor de aquel caballero; ruégote, por Dios, se cubra con secreto sello, porque yo goce de tan suave amor. Tú serás de mi tenida en aquel grado que mereces tu fiel servicio.

LUCRECIA.
Señora, mucho antes de agora tengo sentida tu llaga, y calado (1) tu deseo. Hame fuertemente dolido tu perdición. Quanto mas tú me querías encubrir y celar el fuego que te quemaba, tanto mas sus llamas se manifestaban en la color de tu cara, en el poco sosiego de tu corazón (2), en el meneo de tus miembros, en comer sin gana, y en el no dormir (3). Así que, de continuo te se caían, como de entre las manos, señales muy claras de pena. Pero como en los tiempos que la voluntad reina en los señores ó desmedido apetito, cumple á los servidores obedecer con diligencia corporal, y no con artificiales consejos de lengua, sufría con pena, callaba por temor, encubría con fieltad (4); de manera que fuera mejor el áspero consejo que la blanda lisonja. Pero pues ya no tiene tu merced otro remedio sino morir ó amar, mucha razón es que se escoja por mejor aquello que en si lo es.

ALISA.
¿En qué andas acá, vecina, cada día?

CELESTINA.
Señora, faltó ayer un poco de hilado al peso, y vínelo á cumplir, porque dí mi palabra; y traído, vóime. Quede Dios contigo.

ALISA.
Contigo vaya. Hija Melibea, ¿qué quería la vieja?

MELIBEIA.
Venderme un poquillo de solimán.

ALISA.
Eso creo yo mas, que lo que la vieja ruin dijo. Pensó que yo rescebia (5) pena dello, y mintióme. Guárdate, hija, della, que es gran traidora; que el sutil ladrón siempre rodea las ricas moradas. Sabe esta con sus traiciones, con sus falsas mercadurias, mudar los propósitos castos; daña la fama; á tres veces que entra en una casa (6) engendra sospecha.

LUCRECIA.
Tarde acuerda nuestra ama.

ALISA.
Por amor mio, hija, que si aquí tornare sin verla yo, que no hayas por bien su venida, ni la rescibas con placer. Halle en tí honestidad y tu respuesta breve (7), y jamás volverá; que la verdadera virtud mas se teme que la espada (8).

MELIBEIA.
¿Desas es? Nunca mas; bien huelgo, señora, de ser avisada por saber de quién me tengo de guardar.

- (1) Entendido.
- (2) Del corazón.
- (3) En el dormir y en el no dormir.
- (4) Fielidad.
- (5) Rescibiera yo. Otros: rescibiria yo.
- (6) En casa.
- (7) En la respuesta.
- (8) Que espada.

ACTO ONCENO.

ARGUMENTO.

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle sola hablando, ve á Sempronio y Parmeno que van á la Madalena por su señor. Sempronio habla con Calisto. Sobreviene Celestina; van á casa de Calisto; declárale Celestina su mensaje y negocio recaudado con Melibea; mientras ellos en estas razones están, Parmeno y Sempronio entre sí hablan. Despidese Celestina de Calisto, va para su casa, llama á la puerta, Elicia la viene á abrir, cenar y vanse á dormir.

CELESTINA, SEMPRONIO, CALISTO, PARMENO, ELICIA.

CELESTINA.

¡Ay Dios, si llegase á casa (1) con mi mucha alegría acuestas! A Parmeno y á Sempronio veo ir á la Madalena; tras ellos me voy, y si ahí estuviere Calisto, pasaremos á su casa á pedirle albricias de su gran gozo.

SEMPRONIO.

Señor, mira que tu estada es dar á todo el mundo que decir; por Dios, que huyas de ser traído en lenguas; que al muy devoto llaman hipócrita: ¿qué dirán sino que andas royendo los santos? Si pasión tienes, súpuela en tu casa, no te sienta la tierra. No descubras tu pena á los extraños, pues está en manos el pandero que lo sabrán (2) bien tañer.

CALISTO.

¿En qué manos?

SEMPRONIO.

De Celestina.

CELESTINA.

¿Qué nombráis á Celestina? ¿Qué decis desta esclava de Calisto? Toda la calle del Arcediano vengo á mas andar tras de vosotros por alcanzaros, y jamás he podido con mis luengas baldas (3).

CALISTO.

¡Oh joya del mundo, acorro de mis pasiones, espejo de mi vista! El corazón se me alegra en ver esa honrada presencia, esa noble senectud. Dime, ¿con qué vienes? ¿Qué nuevas traes, que te veo alegre, y no sé en qué está mi vida?

CELESTINA.

En mi lengua.

CALISTO.

¿Qué dices, gloria y descanso mio? Declárame mas lo dicho.

CELESTINA.

Salgamos, señor, de la iglesia, y de aquí á casa te contaré algo con que te alegres de verdad.

PARMENO.

Buena viene la vieja, hermano, recaudado debe de haber.

SEMPRONIO.

Escucha.

CELESTINA.

Todo este día, señor, he trabajado en tu negocio, y he dejado perder otros en que hartó me iba. Muchos tengo quejosos por tener á ti contento: mas he dejado de ganar que piensas; pero todo vaya en buen hora, pues tan buen recaudo traigo. Y óyeme, que en pocas palabras te lo diré, que soy corta de razón (4). A Melibea dejo á tu servicio.

(1) A mi casa.

(2) Sabrá.

(3) Baldas.

(4) Razones.

CALISTO.

¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA.

Que es mas tuya (1) que de sí misma; mas está á tu mandado (2) y querer, que de su padre Pleberio.

CALISTO.

Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirán estos mozos que estás loca. Melibea es mi señora, Melibea es mi deseo (3), Melibea es mi vida; yo su cautivo, yo su sirviente.

SEMPRONIO.

Con tu desconfianza, señor, con tu poco preciarle, con tenerle en poco, hablas esas cosas con que atajas su razón. A todo el mundo turbas diciendo desconciertos. ¿De qué te santiguas? Dale algo por su trabajo, harás mejor, que esto (4) esperan esas palabras.

CALISTO.

Bien has dicho. Madre mía, yo sé cierto que jamás igualarán (5) tu trabajo y mi liviano galardón. En lugar de manto y saya, porque no se dé parte á oficiales, toma esta cadenilla, ponla (6) al cuello, y procede en tu razón y mi alegría.

PARMENO.

¿Cadenilla la llama? ¿No lo oyes, Sempronio? No estima el gasto; pues yo (7) te certifico no diese mi parte por medio marco de oro, por mal que la vieja la reparta.

SEMPRONIO.

Oírte ha nuestro amo (8), ternemos en él que amansar y en tí que sanar, según está hinchado de tu mucho murmurar. Por mi amor, hermano, que oigas y calles, que por eso te dió Dios dos oídos, y una lengua sola.

PARMENO.

Oír el diablo; está colgado de la boca de la vieja, sordo y mudo y ciego, hecho personaje sin son, que aunque le diésemos higas, diría (9) que alzábamos las manos á Dios, rogando por el buen fin de sus amores.

SEMPRONIO.

Calla, oye, escucha bien (10) á Celestina; en mi alma todo lo meresco, y mas que le diese; mucho dice.

CELESTINA.

Señor Calisto, para tan flaca vieja como yo, de mucha franqueza usaste; pero como todo don ó dádiva se juzga grande ó chico respecto (11) del que lo da, no quiero traer á consecuencia mi poco merecer ante quien sobra en calidad y cantidad; mas medirse ha con tu magnificencia,

(1) Que mas es tuya.

(2) Servicio.

(3) Dios.

(4) Eso.

(5) Igualará.

(6) Póntela.

(7) Hoy.

(8) E ternemos.

(9) Dirá que alzamos.

(10) Calla y escucha bien.

(11) A respecto.

ante quien no es nada. En pago de la cual te restituí yo tu salud que iba perdida, tu corazón que faltaba, tu seso que se alteraba (1). Melibea pena por tí mas que tú por ella; Melibea te ama y desea ver; Melibea piensa mas horas en tu persona que en la suya (2), y esto tiene por título de libertad, y con esto amansa aquel fuego que mas que á tí la quema.

CALISTO.

Mozos, ¿estoy yo aquí? Mozos, ¿oigo yo esto? Mozos, mirad si estoy despierto; ¿es de día ó de noche? ¡Oh señor Dios, padre celestial! ¿Ruégote que esto no sea sueño! Despierto pues estoy. Si burlas, señora, de mí por me pagar (3) en palabras, no temas, di verdad, que para lo que (4) de mí has rescebido, mas merecen tus pasos.

CELESTINA.

Nunca el corazón lastimado de deseo toma la buena nueva por cierta, ni la mala por dudosa; empero (5) si burlo, ó si no, verlo has yendo esta noche (según el concierto dejo con ella) á su casa, dando el reloj las doce, á le hablar (6) por entre las puertas; de cuya boca sabrás mas por entero mi solicitud y deseo (7), y el amor que te tiene, y quién lo ha causado.

CALISTO.

Ya, ya, ¿tal cosa espero? ¿Tal cosa es posible haber de pasar por mí? Muerto soy de aquí allá: no soy capaz de tanta gloria; no merecedor de tan gran merced; no digno de hablar con tal señora de su voluntad y grado.

CELESTINA.

Siempre lo oí decir, que es mas difícil de sufrir la prospera fortuna, que la adversa: que la una no tiene sosiego, y la otra tiene consuelo. Cómo, señor Calisto, ¿no mirarías quién tú eres? no mirarías el tiempo que has gastado en su servicio? no mirarías á quien has puesto entremedias? Y asimismo que hasta agora siempre has estado dudoso de la alcanzar, y tenías sufrimiento; agora que te certifico el fin de tu pena, ¿quieres poner fin á tu vida? Mira, mira que está Celestina de tu parte: que aunque todo te faltase lo que en un enamorado se requiere, te vendería por el mas acabado galán del mundo, que te haría llanas las peñas para andar, que te haría la mas crecida agua corriente pasar sin mojarte. Mal conoces á quien das tu (8) dinero.

CALISTO.

Cata, señora, ¿qué me dices? ¿que verná de su grado!

CELESTINA.

Y aun de rodillas.

SEMPRONIO.

No sea ruido, hechizo que nos quiera tomar á manos á todos... Cata, madre, que así se suelen dar las zarazas en pan envueltas, porque no las sienta el gusto.

PARMENO.

Nunca te oí decir mejor cosa. Mucha sospecha me pone el presto conceder de aquella señora, y venir tan aína en todo su querer de Celestina, engañando nuestra voluntad con sus palabras dulces y prestas por hurtar por otra parte, como hacen los de Egipto, cuando el signo nos catan en la mano; pues á la hé, madre, con dulces palabras están muchas injurias vengadas. El manso boyezuelo con su falso cencerrear (9) trae las perdices á la red; el canto de la sirena engaña á los simples marineros con su dulzor. Así esta con su mansedumbre (10) y concesión presta querrá tomar una manada de nosotros á su

(1) Que alteraba.

(2) Melibea se llama tuya y esto tiene etc., Venecia.

(3) Por pagar.

(4) Tu has.

(5) Pero.

(6) En dando el reloj doce á la hablar.

(7) Su deseo.

(8) Tu das.

(9) El falso boyezuelo con su blando cencerrear. Otros: El falso boyezuelo.

(10) Con mansedumbre.

T. III.

salvo; purgar (1) su inocencia con la honra de Calisto, y con nuestra muerte; así como corderica mansa, que mama á su madre y á la ajena: ella con su asegurar tomará la venganza de Calisto en todos nosotros; de manera, que con la mucha gente que tiene, podrá cazar á padres é hijos en una nidada, y tú estarte has rascando á tu fuego diciendo: á salvo está el que repica.

CALISTO.

Callad, locos, bellacos, sospechosos; parece que dais á entender que los ángeles sepan hacer mal. Si, que Melibea ángel disimulado es, que vive entre nosotros.

SEMPRONIO.

(¿Todavía te vuelves á tus herejías?) Escúchale, Parmeno, no te pene nada, que si fuere trato doble él lo pagará, que nosotros buenos piés tenemos.

CELESTINA.

Señor, tú estás en lo cierto; vosotros cargados de sospechas vanas. Yo he hecho todo lo que á mí era á cargo; alegre te dejo, Dios te libre y enderesce (2); pártome muy contenta. Si fuere menester para esto ó para mas, allí estoy muy aparejada á tu servicio.

PARMENO.

Hi, hi, hi.

SEMPRONIO.

¿De qué te ríes, por tu vida?

PARMENO.

De la priesa que la vieja tiene por irse; no ve la hora de haber despegado la cadena de casa; no puede creer que la tenga en su poder, ni que se la han dado de verdad; no se halla digna de tal don, tan poco (3) como Calisto de Melibea.

SEMPRONIO.

¿Qué quieres que haga una puta vieja, alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros llamamos, y suele hacer siete virgos por dos monedas, después de verse cargada de oro, sino ponerse en salvo con la posesion, con temor no se la tornen á tomar, después que ha cumplido por su parte (4) aquello para que era menester? Pues guardese del diablo, que sobre el partir no le saquemos el alma.

CALISTO.

Dios vaya contigo, madre; yo quiero dormir y reposar un rato para satisfacer á las pasadas noches, y cumplir con la por venir.

CELESTINA.

Ta, ta, ta, ta.

ELICIA.

¿Quién llama?

CELESTINA.

Abre, hija Elicia.

ELICIA.

¿Cómo vienes tan tarde? No lo debes hacer, que eres vieja: tropezarás donde caigas, y mueras.

CELESTINA.

No temo eso, que de día me aviso por donde venga (5) de noche, que jamás me subo por poyo ni calzada, sino por medio de la calle, porque como dicen: *no da paso seguro quien corre por el muro; y que aquel va mas sano que anda por el llano* (6); mas quiero ensuciar mis zapatos con el lodo, que ensangrentar las tocas en los cantos; pero no te duele á tí en ese lugar.

ELICIA.

¿Pues qué me ha de doler?

CELESTINA.

Que se fué la compañía que te dejé, y quedaste sola.

(1) Purgará.

(2) Aderece.

(3) Tampoco.

(4) De su parte.

(5) Do venga.

(6) Por llano. Otros: por lo llano.